

cosas desde mas arriba: se trataba de que yo me casase en París; las bases de mi boda se habian resuelto en 17 de noviembre. De acuerdo con mi familia, adopté en seguida la determinacion de venir á reclamar mis cartas á Mlle. Heinefetter é interrumpir al instante nuestras relaciones. Ademas tenia yo que restituirla algunos objetos que ya no podia guardar decentemente; eran objetos de plata y joyas. Tambien queria reclamar y devolver las cartas que habian mediado entre nosotros: las joyas me las habia dejado ella en París.

P. ¿Entonces, como esplicais el apresuramiento que mostrásteis para ir al concierto?

R. Llegué el sábado y fuí al concierto: estaban cantando la última pieza. Mandé á decir á Mlle. Heinefetter que le aguardaba en un coche, mas como la ví bajar con cuatro personas, fuí entonces á su habitacion, creyendo que las personas que la acompañaban la dejarían en la puerta. Creí ver á M. Laborde con ella, y no conocí á M. Sirey. Viendo á toda aquella gente, mandé que me condujesen al cuarto de Mlle. Heinefetter. Cuando las señoras llegaron á la casa, me convidaron á cenar; lo rehusé, y me quedé al lado de la chimenea.

P. ¿Por qué no os retirásteis cuando concluyeron de cenar?

R. Porque aun no habia podido hablar con Mademoiselle Heinefetter. Esta manifestó el deseo de retirarse, y me levanté como los demás. M. Sirey la siguió con los demás á su cuarto, y casi en seguida volvió. M. Sirey se acercó á Milord, y le dijo: «Ven conmigo.» Luego se acercó á mí y exclamó: «¿No observais que estais demás aquí?»

Sirey se adelantó mas aun y añadió: «Es preciso concluir.» Al decir esto me enseñó la puerta y yo le contesté, mirándole frente á frente: «Teneis una ventaja sobre mí, puesto que sabeis mi nombre.» El me replicó: «Soy el conde de Sirey, soy noble.» Le miré con calma, y le contesté que, si era noble debia saber que estaba mal escogido el lugar para una explicacion. M. Milord se acercó y le dijo, con razon, que era preciso aplazar nuestra explicacion para el dia siguiente.—¡Cállate! le dijo, eso no te importa. Sirey se volvió hácia mí, me cogió del cuello del frac, que sacudió con suma violencia, y me dijo: «Sois un tuno» y al propio tiempo me pasó la mano por la cara en señal de desprecio. Confieso que se me apuró la paciencia y le dí una bofetada. Retrocedió dos pasos y cogió su baston diciendo: «aguarda, aguarda» y me dió innumerables golpes en la cabeza, en los brazos y en todo el cuerpo, hasta el extremo de que se rompió su baston. Entonces fue cuando M. Milord se arrojó entre nosotros. Yo dije á M. Sirey: «¡Esto es una infamia, me ha hecho sangre!» pues tenia toda la frente magullada y añadió: «Al menos tengola eleccion de armas; mañana á las ocho, con espada.» M. Sirey salió. Entonces me acerqué á la ventana para ver si habia todavía un coche á la puerta, porque llovía á torrentes. Aun me hallaba junto á la ventana cuando M. Sirey volvió á entrar; me vió y me dijo: «Vamos á batirnos ahora mismo.» Tomó de sobre la mesa una cosa que no ví, y precipitándose sobre mí me hirió

con un cuchillo. Retrocedí, pero se precipitó de nuevo sobre mí con impetuosidad, diciéndome: «Entonces, sino quieres marchar, voy á arrojarte (usó un término mucho mas enérgico que el mio) por la ventana.»

Tenia yo en la mano un baston de estoque para defenderme. M. Sirey le cogió por el extremo, con el cual se quedó en la mano. Entonces fue cuando creyó que me hallaba desarmado, y se precipitó sobre mí. En aquel momento encontró el acero delante de sí, y se arrojó sobre él antes de que yo pudiese ver que habia sido herido; retrocedió y no pudo pronunciar mas que estas palabras: «¡Estoy herido!» Fácilmente se comprenderá la emocion que hube de sentir entonces. M. Sirey tenia puesto un chaleco blanco. Ví salir sangre de su herida. Entonces dije: «No he querido herirle, él ha sido quien se ha arrojado sobre mí.» Me marché en seguida á buscar un médico. Regresé á la fonda en que yo paraba, en donde desperté violentamente á todos, diciendo: «¡Necesito ahora mismo al mejor médico de la ciudad!» Me indicaron á M. Allard, que vivia en la calle de los Prenderos. Fuí allá, y llamé apresuradamente á la puerta hasta que se asomó á la ventana, y le supliqué que bajase. Cuando estuvo en la calle, sin darle mas explicaciones, le empujé dentro del coche y le llevé á casa de Mlle. Heinefetter. A la mitad de la escalera encontré á M. Demerx, quien me dijo: «¡Ha muerto!» Al oír esta palabra me quedé anonadado. Bajé y quise ir á la oficina de la policía. Me dijeron que no lo hiciese. Persistí, observando que si huía, apareceria como culpable, cuando lo que habia ocurrido, solo era una desgracia. Me hicieron pensar en mi madre. Esta idea me preocupó; bajé y dije al cochero que me condujese al ministerio de Justicia. Nos pusimos en camino; pero eran las dos de la madrugada, y pensé que á nada conduciría mi visita.

En aquel momento pensé que era francés, lo mismo que M. Sirey, y que el asunto podria juzgarse en Francia, y dije al cochero: «Camino de Mons.» Ademas, queria volver al lado de mi familia y anticiparme al golpe terrible que habia de recibir mi madre. El carruaje estuvo rodando por espacio de tres horas. Cuando llegué á la casa de postas, ví á un gendarme, quien observó que yo estaba herido en la frente. Tenia la idea de hacer que me llevasen á casa del promotor fiscal, pero me dieron consejos para disuadirme de ello. Dije al cochero: «Camino de París.—Pero si le volveis la espalda, me contestó, estais en Malines.» En mi extravio parece que dije al cochero, Malines en vez de Mons. Me hallaba abrumado, aniquilado; en el camino los postillones me llevaban de una á otra silla. En Rotterdam me acosté y mandé llamar un médico, quien juzgó que urgía sangrarme. Por la noche debia marchar un vapor; desde allí queria yo pasar á Francia. En el Havre tomé la posta y corrí hasta París, donde quise entregarme. Mandaron llamar á un médico, M. Olivier (de Angers) quien examinó mis heridas. Desde el primer momento quise constituirme preso; solo lo diferí por consejo de M. Plougoum.

P. En varios puntos estais en desacuerdo con las